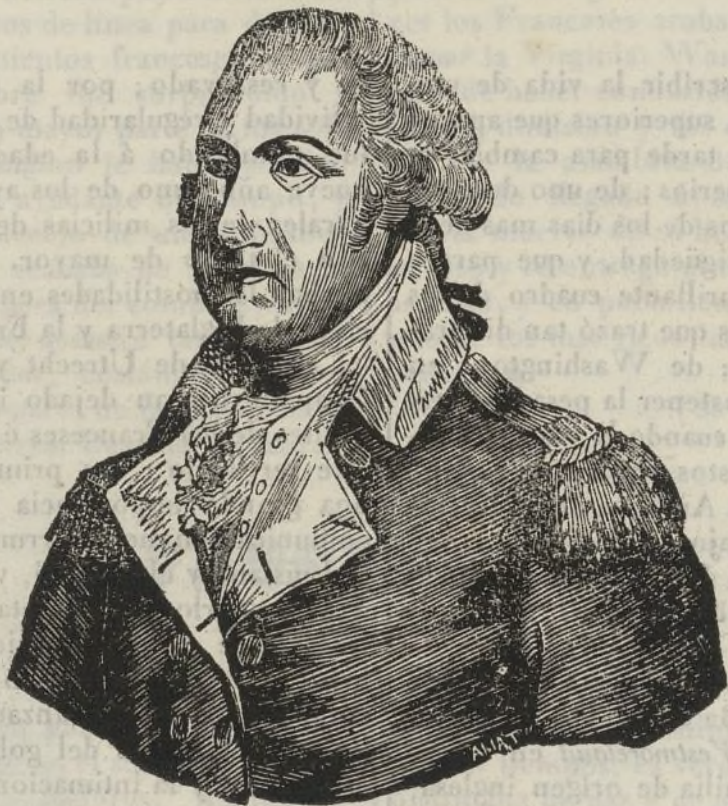


SIGLO XIX.



Washington.



## Biografía.

### JORGE WASHINGTON.

Vamos á describir la vida de uno de estos genios superiores que aparecen de tarde en tarde para cambiar la faz de los Imperios; de uno de estos caracteres dignos de los dias mas hermosos de la antigüedad, y que parece destacado del brillante cuadro de los hombres ilustres que trazó tan diestramente Plutarco; de Washington, en fin, que supo sostener la pesada carga de la autoridad cuando la vió circunscripta á sus justos límites, y renunciarla cuando la América dejó de necesitar sus trabajos y descansó tranquila en el seno de la felicidad que habia recibido de él.

*Jorge Washington* nació el 22 de Febrero de 1732 en *Bridge-Creele*, en el condado de *Vestmoreland* en Virginia, de una familia de origen inglesa, establecida en América, pasadas ya tres generaciones: su educacion fué la que podia ser en un pais falto de medios; estudió las matemáticas, lo necesario para poder ejercer la profesion de agrimensor; teniendo que obrar en un pais nuevo sobre espacios de una grande estension, adquirió una práctica y un golpe de vista, del cual supo hábilmente sacar partido en lo sucesivo para la defensa de su pais cuando estuvo á la cabeza de los ejércitos. *Washington* era alto, su fisonomía imponente y respetuosa, su constitucion muy robusta, su carácter gra-

ve y reservado; por la inteligencia, actividad y regularidad de su conducta fué nombrado á la edad de diez y nueve años uno de los ayudantes generales de las milicias de la Virginia con el título de mayor. Aun continuaban las hostilidades entre la América, la Inglaterra y la Francia; pues los tratados de Utrecht y de Aix-la-Chapelle habian dejado indecisos los límites de los Franceses é Ingleses en este territorio; los primeros daban una grande importancia á crear una comunicacion no interrumpida entre la Luisiana y el Canadá, y para llegar á conseguirlo habian establecido una larga série de fortificaciones. *Washington* fué el encargado de llevar al comandante de las avanzadas francesas las reclamaciones del gobernador de la Virginia y la intimacion de desistir de empresas contrarias á los tratados. Habiendo salido de la última avanzada inglesa el 15 de noviembre de 1753, atravesó los desiertos sin ser detenido ni por las lluvias, ni por las nieves, ni por el paso de los torrentes, conciliándose con maña el afecto de los salvages. Se vió obligado para desempeñar su mision á dar largos rodeos, y á parar mucho mas allá del lugar que le habian marcado, del que volvió al cabo de dos meses y medio; la publicacion del diario de esta expedicion dió una alta idea de su capacidad. La respuesta del comandante



francés era negativa; para detener sus empresas el gobierno de Virginia decretó la formación de un cuerpo de trescientos hombres, de los que Washington fué nombrado teniente coronel; esta primera campaña no fué dichosa, y Washington tuvo que firmar una capitulación.

Al principio del siguiente año (1755) los Ingleses hicieron pasar á América dos regimientos de línea para destruir los establecimientos franceses; el general Braddock fué sorprendido y muerto con la mayor parte de los soldados. Washington le habia seguido en calidad de ayudante de campo, y apenas restablecido de una enfermedad peligrosa acababa de reunirse al ejército la víspera del combate, mostrando en este desastre tanta sangre fría como valor, costándole mucho trabajo el escaparse de la persecución de los vencedores. Después de este su-

ceso el gobierno de Virginia, abandonado á sus propias fuerzas, mandó levantar un regimiento, bajo las órdenes de Washington, dándole el mando en jefe de todas las tropas del país: estas tropas que nunca pasaron de ochocientos hombres, siempre dispuestos á abandonar sus banderas, les encargaron la defensa de ciento y cincuenta leguas de frontera. Entonces los Franceses acababan de abandonar la Virginia. Washington, después de haber conducido sus soldados, hizo su dimisión y fué elegido miembro de la asamblea de la Virginia. Habiendo llegado á ser propietario por la muerte de su hermano mayor, se casó y se entregó al cuidado de sus asuntos, y en poco tiempo llegó á ser uno de los mas ricos habitantes de su provincia.

(Se concluirá.)

## PROGRESOS.

«**M**archemos por la senda de los progresos: este es el siglo de las luces, el siglo de los fósforos.” Así me decía el otro día mi amigo *D. Anacleto*, inválido que se sustenta en una pierna de madera, y que va siempre embozado en un largo casacon de solapa encarnada con botones de rueda de molino. — ¡Qué adelantos tan prodigiosos han hecho las ciencias de poco tiempo á esta parte! es un asombro el ver como se inflama un pedazo de cartulina al simple roce de una uña, al restregarla en un ladrillo ó en una suela de zapato. ¡Oh, dichosos VV. los que tienen la gloria de pertenecer á este siglo! A mí me cupo la desgracia de nacer muy temprano y he conocido

otras épocas muy distintas de las presentes: tiempos, es verdad, en que se disfrutaba de paz y de abundancia, en que las propiedades eran respetadas, en que las costumbres no se hallaban tan corrompidas... pero tiempos, al cabo, en que no eran conocidos los fósforos: ¡Oh, los fósforos, los fósforos!! este es un gran descubrimiento, amiguito... él solo basta para inmortalizar á toda una generación. Acuérdomelo mucho de la última campaña que hice en el reinado de nuestro Católico Monarca (q. e. p. d.) Don Carlos III. Estábamos á la vista del Peñon de Gibraltar, y en los cortos intervalos que nos dejaban en paz las balas, nos distraíamos como era natu-

:



ral, en apurar algunos habanos: ¿pero de qué medio creará V. que nos teníamos que valer para proporcionarnos el fuego? de pegar rastrillazos y consumir los cebos de los fusiles como si estuviésemos batiéndonos en regla con los *cangrejos*, que así llamaba yo á los Ingleses... ¡Oh, los fósforos, los fósforos... — A propósito: saque V. su petaca si tiene algun cigarrillo de papel, y yo proporcionaré lumbre en abundancia, porque traigo en el bolsillo una buena provision de cartoncitos amarillos. — Sacó en efecto, dicho esto, de sus enormes faldones, un viejo calcetín en donde guardaba cuidadosamente *los adelantos de las ciencias*. — Vea V., me dijo: aquí hay fósforos de todos los colores y de todas las calidades conocidas, escepto los eléctricos de Monsieur, qué sé yo cuantos que aun no he podido proporcionarme. — Estos verdes y azules arden con mayor intensidad, pero exigen un roce mas fuerte que los otros: aguarde V. un poco... aquí en este guardacanton... eh, qué tal? ¿se puede dar una llama más viva ni de mayor duracion? — Pues ahora veremos los amarillos; mas prevengo á V. para su debido conocimiento que entre estos los hay de dos especies: los unos muy tersos y de cartulina muy delgada, son excelentes, rara vez se apagan: un momento, un momento; voy á encender dos ó tres para que quede V. satisfecho. — No, no se tome V. esa molestia: yo le creo bajo su palabra. — Es empeño mio... eh, qué tal?... los vé V.?... hasta consumirse... ¡Cáspita, que me quemo los dedos! — Los otros mas gruesos y de superficie mas áspera, no sirven para nada: los traigo solo para desengano de los amigos, y en prueba de ello vea V... — Hicimos la tercera parada y continuó diciendo: — Se inflaman muy pronto; pero se consumen al instante sin ser

de provecho para nada. — Los de yesca ofrecen la ventaja de despedir un olor agradable... — Suspendí mi marcha, no sin harta impaciencia, para darle lugar á que encendiese, y prosiguió: — Los hay tambien mas delicados que exhalan un fragante aroma, y que por esta razon debieran llamarse fósforos *aromáticos*, fósforos *ad pituitam delectantes*, y ante *incorruptionaribus*. — Aquí dentro del talon de mi calcetín (quiero decir de mi bolsa) los traigo tambien de cerilla que son muy recomendables por el doble empleo que puede hacerse de ellos... pero V. se impacienta con mis digresiones y no quiero continuar. — Apretele la mano asegurándole que me divertia su conversacion, y él animado con esta prueba de mi benevolencia, volvió á anudar el hilo de su discurso con el mas vivo placer. — Yo soy, me dijo, entusiasta ciego de los *progresos*, y este entre todos los que se deben á la moderna civilizacion confieso que este es el que mas ha logrado cautivar-me. Cuando yo me situó en la Puerta del Sol y mirando en todas direcciones descubro una multitud de puestos ambulantes de cestas, de cestillos, de cajones coronados de cartoncitos amarillos, y oigo que de cada portal, de cada reja se desprende una voz que grita «buenos fósforos, fumadores» un gozo inefable se difunde por mi alma, porque ya pienso ver á todas las *masas* de la sociedad puestas en movimiento correr ansiosas á proporcionarse las *luces*. Yo tengo ahora la desgracia de alojar en mi casa una cáfila de sobrinos que huyendo del teatro de la guerra han venido á hacérsela completísima á mi cabeza y á mi despen-sa. Dias pasados cometí el imprudente descuido de dejarme sobre la cama mi inseparable calcetín. Volví á mi casa renegando conmigo mismo, y no bien entre en ella cuando encontré cerra-



das todas las puertas y ventanas por la bulliciosa caterva de los chicuelos." — Tío, tío, exclamaron todos á la vez al punto que me descubrieron: mire V. qué lucecitas... mire V. qué llamas... mire V. qué chispas... ¡ay como arde!... este es mas bonito... mentira que es mas bonito este... el mio ya se ha apagado... no restriegues tan fuerte... gori, gori... vamos á hacer el entierro á las pajaras rotas con estas bellitas tan monas... = ¡Santo Dios! yo quisiera ver á V. un momento entre aquella prole destructora que se solazaba con la agonía de mi calceta: viera V. como de pronto el espíritu le fosforecia, y sus ojos chispeaban tambien de cólera... ó de risa. A mí me aconteció felizmente esto último; reíme á carcajadas de la ocurrencia de los muchachos, recogí las reliquias que me quedaban y salí decidido á sepultar las luces en mis bolsillos, ya que por desgracia reina en mi cerebro la mas profunda oscuridad."

Distraído con la original conversacion de D. Anacleto me encontré á la puerta de mi tertulia una hora despues de anochecido. Entramos juntos en el portal, porque me habia propuesto presentarle á la hermosa Pepita, que es la dueña de la casa, y al subir á tientas la escalera me sentí tirar suavemente del brazo por mi amigo, el cual me dijo con cierto airecillo de importancia: = ¡Es V., por ventura, de aquellos que tienen miedo á las tinieblas? = No Señor, le contesté: yo solo tengo miedo á las tinieblas del bolsillo; pero fuera de esto soy capaz de entrar con carraca en mano por los arcos ogives de una gótica catedral en medio de la oscuridad de una noche de pasión, y de lanzarme en las tortuosas galerías de un ruinoso castillo, aun cuando no atravesase ni un solo rayo de la pálida luna por las claraboyas y tróneras. = Yo le decia, contestó

el impertérito D. Anacleto, porque en el caso de que V. recelase (como hombre no acostumbrado á los combates, y que jamás se ha visto como yo *ante faciem cangrejorum*, quiero decir frente á frente de los cangrejos) de que V. recelase, digo subir esta oscurísima y tortuosa escalera; sabe V. que siempre puede disponer de mi calcetín... = Mil gracias, amigo mio, le dije... y en esto sentí un pequeño ruido semejante al que suele producir la caída de una moneda ú otro objeto de metal. = ¿Se le ha caído á V. algun dinero? = Sí Señor, me contestó con turbada voz el veterano tentando por todas partes con azorada priesa... Al sacar esta bolsa he sentido caer... pues sería gran chasco que no pareciese... no es ningun grano de anís; ocho duros en una pieza de oro, de donde pueden hacerse hasta 160 piezas de á real... pero no hay cuidado; ¡oh fósforos, fósforos! ¡oh descubrimiento estupendo!... y apenas hizo esta exclamacion ya se veia arder una blanca cerilla entre sus dedos. — Busquemos cada uno por su lado... hácia aquí debe estar — no, si rodó hasta mas abajo = hácia ahí... ¿no distingue V. entre el polvo una cosa que brilla? — ¡ah!... sí... ¿qué ojos de lince tiene V., amiguito... mil gracias... esta es... pero... = Enseñóme su hallazgo y no pude menos de soltar una terrible carcajada. La gran moneda de oro, aquella de quien podian sacarse hasta 160 monedas de á real, era un enorme boton de cobre roñoso que se habia desprendido de los faldones de D. Anacleto. Entonces cogiéndole con violencia del brazo en términos de hacerle vacilar un momento sobre su pata de madera, y parodiando con énfasis las palabras de su discurso, le dije: «Marchemos por la senda de los progresos; este es el siglo de las luces, el siglo de los fósforos.» C. Díaz.





## CALCUTA.

### Artículo Segundo.

## HISTORIA DEL INDOSTAN.

Desde el día en que Vasco de Gama abrió el camino de la India á los Buques Europeos, sucesivamente se fueron ensayando todas las naciones en estos lejanos mares. Desembarcados los primeros, los Portugueses en el Mogol contrataron alianza con el Rey de Delhi. A estos siguieron los Venecianos, y á estos los Holandeses, omnipotentes, por decirlo así, durante medio siglo; los Daneses, los Franceses, y por último los Ingleses, que siendo los últimos llegados se pusieron á la cabeza de todos.

Hácia los años de 1600, y á causa de los ensayos de Drake, Stepheus y de Cabendish, se fundó la Compañía Inglesa de las Indias en el reinado de Isabel. La concesion de un privilegio

de esplotacion, concedido á una compañía de comerciantes, con esclusion de los demas, en una época en la que los principios de la libertad de comercio estaba mas en las costumbres que en las leyes, debia hacer que se resintiesen los individuos de los Comunes; por lo tanto fué necesario que el decreto de Isabel limitase la concesion á quince años, término al cabo del cual debia de cesar el privilegio en el caso que se reconociese ser perjudicial á la propiedad pública. Así, pues, en 1615 debia cesar este monopolio; pero tal es la tenacidad de los mercaderes en grande, que aun en el día subsiste todavía, sin que pueda decirse cómo y cuándo cesará.

Limitáronse los primeros ensayos



de la Compañía á mandar cuatro embarcaciones, que dieron á la vela en 1601, bajo la direccion de Lancaster, y volvieron al puerto cargadas de especias y pimienta, á fundar algunas factorías, continuando en pequeño su comercio, y á que observasen sus agentes una mesurada y benévola conducta que contrastaba con el fanatismo portugués y la ligereza francesa. La Compañía despues de no haber recibido auxilio alguno de parte de los Soberanos que por entonces gobernaban la Gran Bretaña, se dedicó á bastarse á sí misma con sus propios medios. Constante en su propósito á todo suplió con escelentes elecciones, y aumentando poco á poco sus factorías. Formada en los principios con un capital de 400,000 libras esterlinas, en acciones de á 50 libras, no tardaron en alcanzar estos valores una cifra nominal fuera de todo cálculo, realizándose enormes ganancias. Thomas-Best en 1612 se estableció en Surata á pesar de la oposicion de los Portugueses. El mercado de Bender-Assi, floreciente ya, rivalizaba con el de Goa. Sin embargo no fueron duraderos estos primeros triunfos de la Compañía, cuyo privilegio fué anulado por Cromvel, para volverlo á conceder á los dos años. Reconstituida en 1615 tuvo que recorrer una época de turbulencias y decaimiento, pues habiendo atraído sobre sí todas las fuerzas del Emperador Oreng-Zeb los brutales pillages de Juan Child, hermano del Director, se vió humillada, caída de su importancia comercial, y precisada á arrastrar una existencia precaria, hasta el año de 1702 en el que una nueva sociedad de comerciantes de Lóndres se unió á los antiguos privilegiados. De esta fusion nació la

nueva Compañía Inglesa, y que formada con el título de *Compañía reunida de Mercaderes para el Comercio de las Indias Orientales*, ha llegado hasta nuestros dias. Los estatutos de la Compañía, deliberados y firmados en aquella época, no han sufrido desde entonces sino ligeras modificaciones. Tiene derecho de votar en las asambleas generales todo poseedor de una accion de mil libras esterlinas. Estos portadores de acciones concurren por escrutinio á la eleccion de treinta y cuatro Directores, incluidos en estos el Presidente y los Secretarios. Para ser Director se exige la posesion de 20,000 libras esterlinas en acciones: 3000 dan dos votos, y 6000 tres: 10,000 cuatro. Los Directores deben reunirse á lo menos una vez por semana: ademas de esta reunion existen una porcion de comisiones especiales para las compras, la correspondencia, la contabilidad, el flete y equipo de los Buques, y finalmente para los negocios contenciosos.

Desde esta organizacion empezó para la Compañía un período de prosperidad gradual. El privilegio que en 1750 se limitó á 34 años, se ha ido renovando sucesivamente por un voto del Parlamento cada vez que espiraba el término de la prolongacion.

Al mismo tiempo que pasaban estas cosas, todas las Naciones Europeas de alguna importancia habian tomado posicion en la India. Los Franceses ocupaban Londicherry y Chandernagor, los Holandeses Chinsura, los Daneses Tranquebar y Setampur. Sobre tres puntos dirigió la Compañía Inglesa todos sus esfuerzos, Calcuta, Madrás y Bombay.



## La Ramera.

### I.

**T**riste muger, desvalida,  
desventurada ramera,  
cuya vida pasagera  
se deslizó en el gozar.  
La que sobre muelle lecho  
vendió el terrenal placer,  
cuya vida vino á ser  
onda perdida en el mar.  
¿Qué eres, ramera infelice,  
sobre cuya faz hermosa  
su mano triste, rugosa,  
estampára el tiempo ya?  
Eres yerto mármol frío  
en el campo de la vida,  
y silvestre flor perdida  
que el caminante hollará.  
Maldicion sobre tu frente  
el mundo ingrato estampára,  
de sí el hombre te arrojára  
y en el rostro te escupió.  
Sobre el rostro dó con fuego  
escrito el amor se viera,  
y donde un beso imprimiera  
el que un instante te amó.  
Que tu rostro fué un espejo  
dó mil rostros se miráran  
sin que un recuerdo dejáran  
de su lúbrico mirar.  
Que rosa marchita en breve,  
ramera, fuera tu vida,  
eual hoy roca combatida  
por las olas de la mar.  
Que tú tan pronto trocáras  
la risa por el pesar  
como el lecho del penar  
por el lecho del placer.  
Mas ¡ay! que por fin amargo  
el triste morir te espera,  
desventurada ramera,  
desventurada muger.  
Y bajo tumba ignorada  
en yertas cenizas luego  
ese corazon de fuego  
á convertirse vendrá.

Y sobre tu losa fria  
que cubran tristes abrojos  
no habrá unos amantes ojos  
que se acerquen á llorar.

### II.

Deten, triste ramera,  
el curso presuroso de tu vida,  
tu existencia ligera  
que al eterno penar marcha perdida.  
¡O muger desvalida,  
tu aliento emponzoñado  
trueca en aliento puro, embalsamado,  
y al Dios crucificado  
revuelve tu mirar.  
Recuerda tu triste vida  
deslizada entre el ruido mundanal,  
cual la corriente pura de cristal  
se desliza perdida  
y calla adormecida  
en brazos de lejano manantial,

### III.

Vuelve en tí, triste ramera,  
la muerte tu paso ataja,  
y te espera la mortaja  
tras las galas y el gozar.  
Que los suspiros de amores  
que otro tiempo diste al mundo,  
el gemir del moribundo  
te debieran recordar.  
Que tras mundanos placeres  
la muerte vive escondida,  
consecuencia de la vida  
y del mortal triste ley.  
Que así tu voz ahogará  
dentro de tu pecho bello  
eual siega de esclavo el cuello,  
cual siega el cuello de un Rey.

24 de Abril de 1837.

J. B. Delgado.